

La Universidad Ante la Cultura de la Inteligencia Artificial

Transformación antropológica, epistemológica y ética de la educación superior hacia una nueva etapa evolutiva del pensamiento humano, la justicia cognitiva global y el bien común.

Alberto Embry¹
Teólogo
albertoembry1@gmail.com
2026-06-04

Texto concluido originalmente el 17 de mayo de 2026. Versión revisada y ampliada el 29 de mayo del 2026, a la luz de la Encíclica *Magnifica Humanitas*.

Resumen

La irrupción de la inteligencia artificial no constituye únicamente una innovación tecnológica aplicada a la educación superior, sino un acontecimiento cultural de alcance civilizacional que obliga a repensar la misión histórica de la universidad, la relación entre profesor y estudiante, la estructura misma de la investigación académica, el lugar de las bibliotecas, la legitimidad de las autoridades intelectuales y el acceso global al conocimiento. Este artículo sostiene que la Cultura de la Inteligencia Artificial inaugura una transformación antropológica, epistemológica y ética capaz de desplazar a la universidad desde un modelo tradicional centrado en la administración, acumulación y transmisión del saber hacia una misión orientada a la expansión colaborativa global del pensamiento humano, la justicia cognitiva global y la construcción responsable de una inteligencia colectiva planetaria. Desde una perspectiva filosófica, teológica y educativa, el texto propone que la universidad contemporánea se encuentra ante un discernimiento histórico: resistir defensivamente la nueva cultura cognitiva emergente o convertirse en laboratorio crítico de una nueva etapa del pensamiento humano. Esta transformación no debe ser leída como sustitución tecnocrática del ser humano, o de los procesos cognitivos, sino como oportunidad históricamente ética para ampliar las capacidades de comprensión, creatividad, investigación, cooperación y discernimiento, siempre bajo criterios de dignidad humana, bien común, apertura del conocimiento, responsabilidad social y protección frente a los riesgos de dependencia cognitiva, concentración corporativa, vigilancia, desigualdad epistémica y colonialismo algorítmico.

Palabras clave: inteligencia artificial; universidad; epistemología; antropología filosófica; justicia cognitiva; ciencia abierta; momento histórico; educación superior; teología; inteligencia colectiva; pensamiento humano.

Introducción

La universidad contemporánea se encuentra hoy ante uno de los desafíos más profundos de su historia reciente. La irrupción de la inteligencia artificial, particularmente en sus formas generativas y en sus aplicaciones avanzadas para la investigación científica, la escritura académica, el análisis documental, la programación, la simulación, la síntesis bibliográfica y la

generación de hipótesis, no puede ser interpretada únicamente como una mejora instrumental de los procesos educativos. Lo que se anuncia es un desplazamiento más radical: una transformación de las condiciones mismas bajo las cuales el ser humano accede al conocimiento, formula preguntas, organiza información, interpreta la realidad, produce investigación y participa en comunidades globales de aprendizaje. La guía de UNESCO sobre inteligencia artificial generativa en educación e investigación advierte que esta tecnología exige planificación normativa, desarrollo de capacidades humanas y marcos institucionales orientados a que la IA beneficie y empodere efectivamente a profesores, estudiantes e investigadores.²

El problema central, por tanto, no consiste simplemente en decidir si los estudiantes pueden usar o no herramientas de inteligencia artificial en sus tareas universitarias. Esa pregunta, aunque necesaria, resulta insuficiente. El verdadero problema es de orden antropológico y epistemológico: ¿qué significa formar seres humanos cuando el conocimiento deja de estar limitado por la escasez de información, por la mediación exclusiva del profesor, por el acceso físico a bibliotecas especializadas o por los ritmos tradicionales de producción académica? ¿Qué significa enseñar cuando un estudiante puede consultar, comparar, corroborar, traducir, criticar, sintetizar, modelar y producir hipótesis preliminares mediante sistemas capaces de operar sobre volúmenes de información antes inaccesibles para la mayoría? ¿Qué función conserva la autoridad académica en un ecosistema donde el conocimiento circula con velocidad inédita y donde la validación ya no puede descansar únicamente en la posesión institucional del saber?

La tesis de este artículo es que la inteligencia artificial está obligando a la universidad a decidir si seguirá funcionando principalmente como administradora histórica del conocimiento o si asumirá una nueva misión: convertirse en mediadora, impulsadora, crítica, ética y colaborativa de la expansión del pensamiento humano. Esta transformación no implica abandonar la universidad, relativizar el rigor académico ni sustituir al profesor; muy por el contrario, esto exige elevar la función universitaria hacia un plano más exigente. Si la información se vuelve ubicua, el valor de la universidad ya no podrá radicar principalmente en custodiar contenidos, sino en formar criterio, discernimiento, profundidad hermenéutica, responsabilidad ética, capacidad investigativa, pensamiento complejo y orientación humanizadora del saber en permanente desafío de crecimiento.

En este sentido, la inteligencia artificial no inaugura por sí misma una salvación cultural ni garantiza automáticamente un progreso humano. También puede intensificar desigualdades, producir dependencia cognitiva, reforzar monopolios corporativos, generar vigilancia masiva, erosionar la autoría, debilitar la memoria crítica y crear ilusiones de aprendizaje sin comprensión real. La OECD, en su *Digital Education Outlook 2026*, observa que la IA generativa puede apoyar el aprendizaje cuando está guiada por principios pedagógicos claros, pero que, sin orientación pedagógica, la externalización de tareas a sistemas generativos puede mejorar el rendimiento aparente sin producir ganancias reales de aprendizaje.³

Por ello, el presente artículo adopta una postura afirmativa, pero no ingenua. La inteligencia artificial representa una oportunidad extraordinaria para la evolución del pensamiento humano, pero solo si se integra dentro de una arquitectura ética, pedagógica y epistemológica robusta. La universidad no debe rechazarla defensivamente ni adoptarla de manera acrítica. Debe discernirla, comprenderla, gobernarla, humanizarla y orientarla hacia la justicia cognitiva global. Desde esta

perspectiva, la pregunta universitaria decisiva ya no será únicamente cómo controlar el uso de la IA en el aula, sino qué tipo de humanidad desea formar la universidad cuando el pensamiento humano comienza a operar dentro de una ecología cognitiva ampliada.

Un marco bíblico de discernimiento: Babel, Nehemías y la universidad ante la IA

Este discernimiento universitario puede ser iluminado por el marco bíblico que propone Magnífica Humanitas al evocar la torre de Babel y la reconstrucción de Jerusalén en tiempos de Nehemías⁴. La Encíclica no utiliza estas imágenes como recurso meramente ornamental, sino como criterio espiritual, antropológico y social para discernir la revolución digital: Babel expresa la tentación de un poder que se absolutiza, uniforma, busca dominar y sacrifica la dignidad humana en nombre de la eficiencia; Nehemías, en cambio, representa la reconstrucción paciente, comunitaria y corresponsable de una ciudad herida, donde cada persona asume una parte de la obra y donde la restauración de los vínculos precede a la simple reconstrucción de las estructuras.

Desde esta clave, la universidad contemporánea también se encuentra ante una alternativa histórica. Puede convertirse en una universidad-Babel, cuando adopta la IA como instrumento de aceleración productivista, prestigio institucional, competencia mercantil, vigilancia, estandarización y acumulación de poder cognitivo. En ese modelo, la tecnología puede multiplicar resultados, rankings, métricas, textos, procedimientos y eficiencia, pero sin garantizar verdadera sabiduría, justicia cognitiva ni formación integral. O puede convertirse, por el contrario, en una universidad-Nehemías: una comunidad académica que asume la IA como ocasión para reconstruir responsablemente las condiciones del conocimiento, convocando a profesores, estudiantes, investigadores, bibliotecarios, instituciones públicas, universidades periféricas y pueblos históricamente excluidos a levantar juntos una nueva arquitectura del saber.

Esta clave bíblica, asumida aquí desde el horizonte propio de la reflexión universitaria permite precisar mejor la tesis del presente artículo. La universidad no está llamada simplemente a elegir entre usar o no usar IA, sino a discernir qué tipo de mundo académico desea edificar con ella: una nueva Babel tecnocrática, fundada en poder, eficiencia y autosuficiencia, o una nueva Jerusalén cognitiva, edificada desde comunidad, ciencia abierta, justicia epistémica, cooperación global y bien común.

1. De la universidad como administración del conocimiento a la universidad como laboratorio de pensamiento

Durante siglos, la universidad funcionó como una de las instituciones privilegiadas para custodiar, organizar, enseñar y legitimar el conocimiento. Su autoridad se asentaba en la concentración de libros, profesores, archivos, métodos, lenguas académicas, bibliotecas, laboratorios, grados y redes intelectuales. El estudiante ingresaba en un espacio donde el saber se encontraba jerarquizado, mediado y regulado por comunidades institucionales. La biblioteca universitaria, el aula magistral, la tesis, la cátedra y la evaluación constituían elementos de una arquitectura epistémica relativamente estable. Esta arquitectura no fue accidental: respondió a un orden histórico en el cual el conocimiento era escaso, costoso, situado y dependiente de mediaciones institucionales fuertes.

Sin embargo, esta arquitectura ya venía siendo cuestionada antes de la emergencia de la inteligencia artificial generativa. Bill Readings había descrito la universidad contemporánea como una institución en ruinas no porque careciera de actividad, sino porque había perdido la claridad de su idea unificadora, desplazada por lenguajes de excelencia administrativa difíciles de vincular con una misión cultural sustantiva.⁵ Ronald Barnett, por su parte, identificó la super complejidad como una condición en la que los marcos mismos de comprensión se vuelven inestables, de modo que la universidad no puede limitarse a transmitir saberes cerrados, sino que debe formar sujetos capaces de vivir responsablemente en contextos de incertidumbre radical.⁶

La inteligencia artificial acelera esa crisis porque altera el supuesto básico sobre el cual se organizó gran parte de la enseñanza universitaria: la escasez relativa del conocimiento disponible. Cuando el estudiante podía acceder solo a un número limitado de textos, la función del profesor consistía en transmitir, ordenar y explicar contenidos especializados. Hoy, en cambio, el estudiante puede interactuar con sistemas capaces de encontrar globalmente información, de producir síntesis, comparaciones, bibliografías preliminares, traducciones, esquemas conceptuales y simulaciones argumentativas en cuestión de segundos. Esto no significa que el estudiante comprenda más; significa que la universidad ya no puede fundar su autoridad en que el estudiante no tenga acceso a la información.

Aquí emerge la transformación decisiva: la universidad debe pasar de ser un espacio de administración del conocimiento a ser un laboratorio de formación del juicio. La tarea universitaria no consiste ya simplemente en decir qué debe saber el alumno, sino en enseñarle a discernir qué vale, qué se sostiene, qué se puede probar, qué debe ser rechazado, qué presupuestos operan en un argumento, qué intereses están detrás de una plataforma, qué ausencias revela un conjunto de datos y qué implicaciones éticas tiene una conclusión. La autoridad universitaria, en este nuevo escenario, no desaparece; se purifica impulsando el crecimiento y la evolución del pensamiento. Deja de fundarse en el control del acceso para fundarse en la competencia crítica, la calidad metodológica y la responsabilidad pública ante la verdad.

Esta mutación transforma radicalmente la relación entre profesor y estudiante. El profesor no pierde importancia; pierde, más bien, el monopolio de ciertas funciones antiguas. Ya no basta con ser transmisor autorizado de contenidos. Debe convertirse en arquitecto de procesos críticos, acompañante epistemológico, curador de fuentes, formador de conciencia metodológica y garante de humanidad en medio de la abundancia informacional. En este punto, la educación superior dialoga de modo fecundo con *Veritatis Gaudium*, donde Francisco afirma que no vivimos simplemente una época de cambios, sino un verdadero cambio de época marcado por crisis antropológica y socioambiental, lo cual exige una “valiente revolución cultural” en el ámbito de la formación académica y de la investigación científica.⁷

2. La Inteligencia Artificial como acontecimiento epistemológico

En la Cultura de la Inteligencia Artificial no solo se incrementa la eficacia de los instrumentos, sino que se potencian las prácticas epistémicas. En la investigación científica, las herramientas

de IA ya intervienen en búsqueda bibliográfica, análisis de datos, modelado, generación de hipótesis, simulación, revisión de literatura, redacción asistida y descubrimiento científico. La Royal Society, en su informe *Science in the Age of AI*, sostiene que tecnologías como el aprendizaje profundo y los grandes modelos de lenguaje están transformando la naturaleza y los métodos de la investigación científica, incluyendo las nociones de integridad investigativa, competencias científicas y ética de la investigación.⁸

Este fenómeno obliga a repensar la epistemología universitaria. La pregunta ya no es únicamente quién conoce, sino cómo se constituye el conocimiento cuando la inteligencia humana interactúa con sistemas algorítmicos que procesan, recombinan y generan información a escala masiva. En este escenario, el pensamiento humano se ve asistido, acelerado, tensionado y, en algunos casos, sustituido parcialmente en operaciones cognitivas intermedias. La cuestión decisiva consiste en determinar si esa asistencia expande realmente la comprensión o si simplemente produce resultados formalmente sofisticados sin maduración intelectual.

Luciano Floridi proporciona aquí una clave conceptual indispensable. Su noción de “infosfera” permite comprender que las tecnologías de información no solo agregan instrumentos al mundo humano, sino que transforman el ambiente mismo en el cual los sujetos viven, conocen, se relacionan y deciden.⁹ La universidad no está simplemente incorporando aplicaciones digitales a una estructura estable; está siendo reubicada dentro de una ecología informacional en la que datos, algoritmos, plataformas, repositorios, agentes humanos y sistemas artificiales configuran un nuevo espacio de producción cognitiva. La IA, por tanto, no debe ser interpretada como un apéndice de la educación superior, sino como una mediación fundamental que altera las condiciones de posibilidad del aprendizaje, la investigación y el aporte de la ciencia.

Aquí aparece una distinción crucial. La IA puede ampliar capacidades, pero no debe confundirse con la plenitud de la inteligencia humana. *Antiqua et nova*, documento del Dicasterio para la Doctrina de la Fe y del Dicasterio para la Cultura y la Educación, advierte que el uso de la palabra “inteligencia” en referencia a la IA puede ser engañoso si oculta aquello que constituye lo más propio de la persona humana. El documento distingue entre sistemas artificiales que operan sobre inferencias estadísticas, datos y objetivos determinados, y la inteligencia humana entendida desde su condición encarnada, histórica, relacional, moral y abierta a la verdad.¹⁰

Esta distinción permite sostener una tesis equilibrada: la IA puede participar en la expansión del pensamiento humano, pero no puede reemplazar el drama humano de comprender. Puede ayudar a pensar, pero no puede asumir por sí misma la responsabilidad de la verdad. Puede sugerir conexiones, pero no puede vivir la búsqueda existencial del sentido. Puede producir argumentos, pero no puede responder moralmente por el destino humano de esos argumentos. En consecuencia, la universidad debe evitar dos reduccionismos: el rechazo nostálgico que interpreta la IA como simple amenaza y el entusiasmo tecnocrático que confunde eficiencia cognitiva con sabiduría.

La cuestión epistemológica no es menor. Si la IA permite generar hipótesis, ordenar literatura, detectar patrones y acelerar procedimientos, la universidad deberá enseñar a distinguir entre producción de resultados y producción de conocimiento. Un resultado puede ser útil, plausible o formalmente elegante sin estar suficientemente comprendido. El conocimiento, en cambio, exige

justificación, contexto, verificación, comunidad crítica, lenguaje responsable y capacidad de responder por las consecuencias de lo afirmado. En ese punto, la misión universitaria se vuelve más exigente que antes: debe formar personas capaces de pensar con herramientas artificiales sin abdicar de la responsabilidad humana del juicio.

3. Reforma del pensamiento, complejidad y transdisciplinariedad

La universidad de la era de la inteligencia artificial no necesita solamente nuevas competencias técnicas; necesita una reforma del pensamiento. Edgar Morin resulta aquí imprescindible porque su crítica a la fragmentación disciplinaria y su llamado a una educación capaz de contextualizar, religar y asumir la complejidad adquieren una nueva fuerza en la cultura algorítmica.¹¹ La IA puede multiplicar conexiones entre datos, textos y disciplinas, pero solo una inteligencia humana formada en la complejidad puede discernir la pertinencia, jerarquía, responsabilidad y sentido de esas conexiones.

El peligro de una universidad que adopte IA sin pensamiento complejo es evidente: produciría más síntesis, más diagramas, más respuestas y más velocidad, pero no necesariamente más comprensión ni mayor aporte cognitivo. Podría confundirse la conexión estadística con la relación causal, la proximidad semántica con la coherencia conceptual, la fluidez textual con la verdad argumentativa y la productividad con la sabiduría. Por eso la IA exige una formación epistemológica más rigurosa, no menos. El estudiante debe aprender a preguntar de manera más profunda, a verificar con mayor precisión, a distinguir niveles de análisis, a reconocer límites metodológicos y a resistir la tentación de aceptar como verdadero aquello que simplemente aparece bien organizado.

La coincidencia entre Morin y Veritatis Gaudium es particularmente fecunda. Francisco no se limita a recomendar una interdisciplinariedad funcional; habla de una interdisciplinariedad “fuerte”, incluso transdisciplinaria, entendida como maduración del saber dentro de un horizonte sapiencial más amplio.¹² Esta propuesta tiene una relevancia directa para la universidad en la era de la IA. La IA puede operar como herramienta de conexión interdisciplinaria, pero la transdisciplinariedad exige algo más que conectar contenidos: exige una inteligencia capaz de situarlos en un horizonte de sentido, finalidad y responsabilidad.

En este punto, la tradición teológica puede aportar una categoría que el discurso tecnológico suele descuidar la sabiduría. La sabiduría no es acumulación de información ni capacidad de procesamiento, es orientación del conocimiento hacia la verdad, el bien, la justicia y la vida trascendente. La universidad que se limite a enseñar el uso técnico de herramientas de IA podrá producir usuarios competentes, pero no necesariamente sujetos sabios. La universidad que comprenda la IA dentro de una reforma profunda del pensamiento podrá formar personas capaces de habitar críticamente una cultura digital compleja sin ser absorbidas por ella.

La evolución del pensamiento humano que se abre ante nosotros no debe ser entendida como una fantasía de superación posthumana, sino como posibilidad histórica de ampliación cultural, hermenéutica y moral de nuestras capacidades. El ser humano no se vuelve más humano por delegar su inteligencia, sino por expandir responsablemente su capacidad de comprender,

cooperar, crear, discernir y servir, en este sentido, la IA solo será auténticamente universitaria cuando contribuya a una inteligencia global más compleja, más crítica, más solidaria y abierta al sentido.

4. Profesor, estudiante y autoridad académica en la cultura de la IA

La cultura de la inteligencia artificial transforma la relación pedagógica porque modifica la experiencia misma del estudiante ante el conocimiento. El estudiante ya no se encuentra simplemente ante un libro, una clase, una biblioteca o un profesor, sino ante un ecosistema cognitivo híbrido en el cual puede dialogar con sistemas artificiales, contrastar enfoques, traducir lenguas, recibir explicaciones diferenciadas, generar borradores, explorar hipótesis y revisar perspectivas alternativas. Este cambio tiene un potencial extraordinario, pero también puede producir superficialidad, dependencia, plagio, homogeneización argumentativa, pérdida de esfuerzo intelectual, erosión de la memoria, debilitamiento de la escritura y falsa sensación de dominio.

La antropología educativa que necesitamos no debe preguntar solamente si la IA mejora los resultados, sino qué tipo de sujeto forma. Un estudiante que usa IA para evitar pensar se empobrece, un estudiante que usa IA para pensar mejor, llegar a preguntas con más profundidad, contrastar fuentes, detectar sesgos y expandir su horizonte conceptual puede crecer intelectualmente. La diferencia no está en la herramienta, sino en el marco formativo, ético y metodológico que orienta su uso, el ambiente es fundamental siempre, me parece que por eso la Comisión Europea ha insistido en la necesidad de que los educadores comprendan y usen la IA de manera ética, crítica y contextual, considerando tanto beneficios como riesgos en la práctica educativa.¹³

Antiqua et nova formula este punto con una precisión notable al tratar la IA en educación. El documento sostiene que la educación no es un simple proceso de transmisión de conocimientos y habilidades intelectuales, sino formación integral de la persona. Además, afirma que la relación maestro-alumno posee una dimensión insustituible: los profesores no solo transmiten contenidos, sino que son modelos de cualidades humanas e inspiradores de la alegría del descubrimiento; esta dinámica relacional no puede ser replicada por la IA.¹⁴

Este nuevo tipo de alfabetización transforma el papel del profesor. Hoy el maestro universitario no es menos necesario, sino más necesario, siempre que acepte una conversión de su función. Su autoridad ya no dependerá solo de saber más que el estudiante, sino de saber discernir mejor; no de poseer información, sino de formar criterio; no de controlar el acceso al saber, sino de enseñar a vivir responsablemente en una sobreabundancia de saberes, datos, interpretaciones y simulaciones. En la universidad de la IA, el profesor no debe competir con la máquina en velocidad de respuesta, sino superar a la máquina en humanidad, juicio, orientación ética, motivación y capacidad de acompañar procesos reales de formación.

Por eso la relación pedagógica no desaparece: se profundiza. En una cultura saturada de información, el estudiante necesita más que nunca una presencia formativa capaz de ayudarlo a diferenciar conocimiento de ruido, comprensión de productividad, sabiduría de acumulación,

pensamiento de repetición y verdad de apariencia argumentativa. La educación universitaria deberá enseñar no solo a producir trabajos académicos con ayuda de IA, sino a responder por ellos, verificarlos, situarlos críticamente y reconocer honestamente los límites de toda producción asistida por sistemas artificiales.

4.1. Trabajo académico, transición digital y dignidad universitaria

La transformación de la relación entre profesor, estudiante y autoridad académica conduce necesariamente a una dimensión social que no puede quedar fuera del discernimiento universitario: la dignidad del trabajo académico en la transición digital. Magnífica Humanitas recuerda que la transformación tecnológica no afecta solamente los lenguajes, los métodos y las herramientas, sino también los gestos cotidianos, las relaciones sociales y las condiciones concretas del trabajo humano¹⁵. Aplicado a la universidad, esto significa que la IA no transforma solo la producción de conocimiento, sino también la vida profesional de quienes enseñan, investigan, acompañan, administran, preservan memoria, verifican fuentes, cuidan bibliotecas, sostienen procesos formativos y hacen posible la existencia cotidiana de la comunidad académica.

Por eso, una universidad verdaderamente humanista no debe introducir la IA como instrumento de precarización, sustitución indiscriminada, sobrecarga invisible o aceleración productivista. La transición digital no puede medirse únicamente por la reducción de costos, la automatización de tareas o el aumento de eficiencia institucional. Debe medirse también por la manera en que cuida la dignidad de los docentes, investigadores, bibliotecarios, tutores, equipos administrativos, estudiantes trabajadores y jóvenes académicos. La IA puede liberar tiempo para la investigación profunda, facilitar traducciones, apoyar revisión documental, mejorar el acompañamiento personalizado, fortalecer la cooperación interdisciplinaria y ampliar el acceso a recursos; pero estos beneficios solo serán humanizadores si están integrados en una política universitaria que proteja el valor del trabajo humano.

La visión positiva de la IA no consiste, por tanto, en negar los riesgos laborales, sino en gobernarlos desde una comprensión más alta del trabajo académico. La universidad debe formar a sus profesores para dialogar críticamente con las nuevas tecnologías, reconocer institucionalmente el tiempo que exige esa formación, proteger la centralidad de la relación pedagógica y acompañar a sus comunidades en la transformación de los métodos de investigación, docencia y gestión. Así comprendida, la transición digital no destruye la vocación universitaria; la llama a una nueva madurez. La universidad de la IA será verdaderamente digna de su misión si no solo produce más conocimiento, sino si cuida más profundamente a las personas que hacen posible el conocimiento.

5. Bibliotecas, ciencia abierta y justicia cognitiva global

Uno de los aportes más decisivos de este artículo, consiste en vincular IA, universidad y justicia cognitiva global. La IA no debe ser entendida solo como herramienta de productividad para universidades ricas, empresas tecnológicas o investigadores con acceso privilegiado. Debe ser pensada como parte de una transformación más amplia del derecho humano a participar en el

conocimiento y beneficiarse del progreso científico. El Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales reconoce el derecho de toda persona a gozar de los beneficios del progreso científico y de sus aplicaciones; desde esta perspectiva, el acceso a la IA educativa y científica debe ser interpretado como un Derecho Humano Fundamental, ya plenamente formulado y como uno de sus efectos el derecho a la educación, del derecho a la ciencia y del derecho a participar en la vida cultural y cognitiva de la humanidad.¹⁶

La UNESCO ha dado un marco especialmente relevante con su Recomendación sobre Ciencia Abierta, en ella, la ciencia abierta se presenta como un marco internacional destinado a reducir brechas tecnológicas y de conocimiento entre países y dentro de ellos, promoviendo estándares comunes para una ciencia justa y equitativa en niveles individuales, institucionales, nacionales, regionales e internacionales.¹⁷ Esta orientación coincide profundamente con la tesis de este artículo: la IA puede contribuir a una nueva ecología del conocimiento solo si se vincula con acceso abierto, repositorios interoperables, alfabetización crítica, infraestructuras públicas y cooperación global, donde los que más tengan acceso tecnológico no se limiten a consolidar sus propias ventajas sino que asuman una responsabilidad global para impulsar a las instituciones y comunidades más rezagadas para que vayan teniendo las capacitaciones necesarias a fin de por lo menos poder en procesos justos ir alcanzando a los más desarrollados.

Aquí se abre una posibilidad histórica extraordinaria, si las universidades del mundo, desde las más prestigiosas hasta las más humildes, compartieran de manera abierta sus repositorios, tesis, investigaciones, materiales docentes, bases de datos, resultados positivos y negativos de experimentos en procesos o investigaciones (también se aprende mucho de aquello que a otros no les ha resultado aún), proyectos, metodologías y resultados, la IA podría operar como mediación de una inteligencia colectiva planetaria. No se trataría de borrar la identidad de cada institución, sino de integrar sus aportes en una red global de conocimiento orientada al bien común, donde las bibliotecas dejarían de ser solo depósitos de memoria institucional para convertirse en infraestructuras éticas de curaduría, acceso, preservación, verificación, traducción, interoperabilidad y justicia epistémica.

Boaventura de Sousa Santos resulta indispensable para evitar que este discurso sea ingenuo o abstracto. Su crítica a la monocultura del saber y su propuesta de epistemologías del Sur permiten comprender que el problema no es solamente el acceso técnico a información, sino la estructura histórica mediante la cual ciertos saberes son reconocidos como conocimiento legítimo y otros son invisibilizados, subordinados o tratados como periféricos.¹⁸ Desde esta perspectiva, la IA puede democratizar el conocimiento o reforzar jerarquías epistemológicas antiguas bajo nuevas formas algorítmicas, evidentemente todo dependerá de quién controle los datos, qué lenguas sean privilegiadas, qué corpus sean entrenados, qué repositorios sean visibles y qué comunidades participen en la producción de conocimiento.

Este punto tiene una importancia especial para América Latina y para el Sur Global. La concentración del conocimiento en editoriales, universidades de élite, bases de datos costosas y lenguas dominantes ha producido formas de exclusión epistémica. La IA podría profundizar esa exclusión si queda monopolizada por corporaciones y centros de poder; pero también podría ayudar a reducirla si se integra con ciencia abierta, traducción automatizada, acceso universal, repositorios públicos, políticas de alfabetización y colaboración interuniversitaria. El Banco

Mundial ha señalado que, aun cuando la IA posee un potencial transformador para la educación superior, su adopción continúa fragmentada y condicionada por brechas de infraestructura, innovación y capacitación docente.¹⁹

La justicia cognitiva global exige que el conocimiento no sea privilegio de quienes pueden pagarlo, sino patrimonio vivo de una humanidad que busca comprenderse, sanar sus heridas históricas y resolver problemas comunes. En este sentido, el avance del conocimiento también es avance de justicia, sin embargo, esta justicia no ocurrirá espontáneamente, requiere políticas universitarias, marcos públicos, repositorios abiertos, cooperación interinstitucional, alfabetización crítica, inversión en infraestructura y una ética de la generosidad intelectual capaz de superar tanto el nacionalismo o regionalismo académico como la competencia institucional cerrada.

6. Humanidades, democracia e imaginación moral en la universidad aumentada

La era de la inteligencia artificial no disminuye la importancia de las humanidades; la incrementa. Este punto debe afirmarse con fuerza porque uno de los riesgos más frecuentes de la cultura tecnológica consiste en reducir la educación superior a productividad, empleabilidad, eficiencia y adaptación al mercado. Martha C. Nussbaum advirtió que las democracias necesitan las humanidades porque forman pensamiento crítico, imaginación narrativa, sensibilidad ante la dignidad del otro y capacidad de deliberación ciudadana.²⁰ En la cultura de la IA, esta tesis adquiere una urgencia nueva: cuanto más capaces sean los sistemas artificiales de producir respuestas, más necesitará la universidad formar seres humanos capaces de formular preguntas justas, interpretar con profundidad y responder moralmente ante el sufrimiento humano.

Las humanidades no son un adorno cultural de la universidad tecnológica, sino que son el lugar donde se forman las preguntas sobre sentido, dignidad, justicia, memoria, lenguaje, historia, verdad, interpretación y responsabilidad, sin ellas, la IA puede quedar subordinada a criterios puramente funcionales o económicos, con ellas, la IA puede ser discernida desde una comprensión más alta de lo humano. La filosofía, la teología, la literatura, la historia, la hermenéutica, la ética y las artes no compiten con la IA por velocidad; ofrecen aquello que la IA no puede producir por sí misma: horizonte de sentido, experiencia histórica, juicio moral y discernimiento sapiencial.

Byung-Chul Han aporta aquí un contrapeso crítico decisivo. Su análisis de la infocracia advierte que la digitalización puede erosionar las condiciones de la deliberación democrática cuando el flujo de información sustituye la búsqueda paciente de verdad, cuando la comunicación se fragmenta en estímulos y cuando la atención se vuelve objeto de captura.²¹ Aplicado a la universidad, este diagnóstico significa que la abundancia informacional no garantiza pensamiento; puede incluso debilitarlo cuando el sujeto deja de habitar el tiempo lento de la comprensión y se entrega a la circulación inmediata de respuestas.

La universidad aumentada por IA no se convertirá en una fábrica de textos veloces, sino en una comunidad de interpretación rigurosa. El desafío es enseñar al estudiante a detenerse ante una respuesta bien redactada y preguntar: ¿de dónde proviene?, ¿qué presupone?, ¿qué omite?, ¿qué

intereses reproduce?, ¿qué evidencia la sostiene?, ¿qué tradición interpretativa incorpora?, ¿qué voz queda fuera?, ¿a quién beneficia?, ¿qué responsabilidad ética implica? ¿Cómo afecta esto a la ciencia en lo particular y a la humanidad en lo general? La educación humanista debe formar esta capacidad de demora, sospecha, compasión, imaginación y juicio. En términos teológicos, esta exigencia debería formularse así: la universidad debe impedir que la inteligencia se separe de la sabiduría, que la información se separe de la verdad y que la competencia técnica se separe del amor al bien común. La IA puede ayudar a procesar textos, pero no puede amar la verdad; puede detectar patrones, pero no puede asumir la justicia como vocación; puede generar argumentos, pero no puede convertirse en conciencia moral, por eso, cuanto más avance la IA, más necesarias serán las humanidades para custodiar el carácter plenamente humano de la educación.

7. Riesgos críticos: dependencia cognitiva, colonialismo algorítmico y vigilancia

Una propuesta filosófica seria sobre IA y universidad debe reconocer los riesgos estructurales del fenómeno. La inteligencia artificial puede ampliar capacidades humanas, pero también puede reorganizar el poder cognitivo global en favor de quienes controlan datos, infraestructura computacional, modelos fundacionales, plataformas, nubes, patentes, interfaces y estándares de uso. El riesgo no es solamente pedagógico; es geopolítico, ecológico, económico y epistemológico. Si las universidades se vuelven dependientes de sistemas cerrados, entrenados en corpus opacos, regulados por intereses corporativos y diseñados desde unos pocos centros de poder, la aparente democratización del conocimiento podría convertirse en una nueva forma de dependencia.

Kate Crawford ofrece uno de los análisis críticos más relevantes al mostrar que la IA no es una entidad inmaterial ni neutral. En *Atlas of AI*, la IA aparece como una tecnología de extracción que depende de minerales, energía, trabajo humano, datos y estructuras políticas que centralizan poder.²² Esta perspectiva obliga a corregir cualquier visión excesivamente espiritualizada de la IA. No basta decir que la IA expande el pensamiento; hay que preguntar qué costos materiales, ambientales, laborales y geopolíticos hacen posible esa expansión, quién los asume y quién se beneficia de ellos.

A esta crítica se suma la advertencia de Shoshana Zuboff sobre el capitalismo de vigilancia. Cuando la experiencia humana se convierte en materia prima para sistemas de predicción, influencia y monetización, la vida cognitiva del sujeto queda expuesta a formas inéditas de captura.²³ En el ámbito universitario, esto plantea preguntas urgentes: ¿qué datos de estudiantes y profesores recogen las plataformas?, ¿quién los procesa?, ¿con qué fines?, ¿qué modelos de comportamiento académico se infieren?, ¿qué formas de dependencia se crean?, ¿cómo se protege la libertad intelectual frente a sistemas que operan mediante extracción y análisis continuo de datos?

En un marco universitario no capacitado existe también el riesgo de homogeneización intelectual. Este riesgo no deriva simplemente del uso compartido de herramientas de IA, pues cada interacción puede estar marcada por la intención, la formación, la creatividad y la competencia metodológica de quien formula el prompt. Surge, más bien, cuando estudiantes y

profesores recurren masivamente a los mismos sistemas de manera acrítica, con preguntas genéricas, escasa verificación de fuentes, baja exigencia conceptual y dependencia de patrones argumentativos estadísticamente dominantes. En esas condiciones, la IA podría favorecer una estandarización de la escritura, de los argumentos, de las bibliografías y aun de las preguntas, no porque suprima necesariamente la originalidad humana, sino porque la debilita cuando el usuario renuncia a ejercer una mediación intelectual rigurosa.

Al modelo tradicional de formación académica “superior” se añade el problema de la pérdida de esfuerzo cognitivo. Pensar ya implica método, demora, resistencia, frustración, memoria, corrección, conflicto interior y maduración. Las herramientas de IA, cuando son usadas de manera ineficientemente y reducidas a dispositivos de respuesta inmediata, puede llegar a crear sujetos impacientes ante la complejidad. *Antiqua et nova* advierte que muchos programas de IA se limitan a proporcionar respuestas en lugar de incitar a los estudiantes a encontrarlas por sí mismos, y subraya que la educación en IA debe promover pensamiento crítico, discernimiento y transparencia.²⁴

Por tanto, la inteligencia artificial solo contribuirá a la evolución del pensamiento humano si se inserta en una y del aprendizaje en una visión enriquecida del alumno, del profesor y de la estructura académica. El criterio será producir más comprensión, más responsabilidad, más verdad, más justicia, más humanidad. La universidad debe convertirse en un actor que potencie el esfuerzo formativo, evolucionando a una interlocutora crítica, un instrumento de ampliación y ocasión de mayor responsabilidad intelectual.

8. La contribución teológica: dignidad, verdad, discernimiento y bien común

Desde una perspectiva teológica, la cultura de la inteligencia artificial plantea una pregunta decisiva: ¿cómo custodiar la dignidad irreductible de la persona humana en una época en la que ciertas operaciones cognitivas pueden ser imitadas, automatizadas o amplificadas por sistemas artificiales? La respuesta no puede consistir en negar el valor de la técnica ni en sacralizar nostálgicamente modelos educativos anteriores. La tradición cristiana posee recursos intelectuales suficientes para discernir una cultura tecnológica sin caer ni en rechazo irracional ni en idolatría del progreso.

Antiqua et nova ofrece una clave fundamental al distinguir la inteligencia humana de los sistemas de IA. La inteligencia humana no es mero procesamiento lógico-matemático, sino una capacidad encarnada, relacional, histórica, moral y abierta a la verdad. Además, el documento afirma que la IA puede introducir innovaciones importantes en educación y cultura, pero solo si está al servicio del desarrollo humano integral, de la dignidad de la persona y del bien común.²⁵ Esta distinción permite afirmar que la IA puede asistir a la persona, reforzando su dignidad y su responsabilidad.

Desde esta base, el aporte teológico al debate universitario no consiste solo en advertir peligros, sino en proponer una visión más alta del conocimiento. Conocer no es dominar información; es entrar responsablemente en relación con la verdad, con los otros, con la creación y con Dios. La universidad, desde esta perspectiva, no puede reducirse a fábrica de competencias ni a mercado

de credenciales. Debe ser espacio de formación integral, discernimiento, diálogo, servicio y búsqueda de sentido.

En este punto, Magnifica Humanitas permite elevar todavía más la dimensión teológica de la propuesta. Si este artículo ha hablado de inteligencia colectiva planetaria, justicia cognitiva global y cooperación universitaria, la Encíclica permite comprender que esa inteligencia colectiva no puede reducirse a una red funcional de datos, plataformas, repositorios, modelos algorítmicos e instituciones conectadas. Desde una perspectiva cristiana, una inteligencia colectiva verdaderamente humana debe convertirse en una forma histórica de civilización del amor en el campo del conocimiento.²⁶

La civilización del amor, tal como la recupera Magnifica Humanitas para la era digital, no consiste en un ideal sentimental ni en una utopía abstracta, sino en la traducción institucional de la fraternidad, la justicia y el bien común.²⁷ Aplicada a la universidad, esta categoría permite afirmar que la cooperación académica global no alcanza su plenitud cuando solo incrementa productividad científica, velocidad investigativa o circulación de información, sino cuando convierte la interdependencia cognitiva en solidaridad epistémica. En otras palabras, la universidad de la IA no debe limitarse a conectar inteligencias, bases de datos, laboratorios y bibliotecas; debe orientar esa conexión hacia la dignidad de los pueblos, la inclusión de quienes han sido excluidos del conocimiento, la formación integral de los estudiantes y la construcción de un bien común verdaderamente universal.

Así entendida, la inteligencia colectiva planetaria no debe ser una nueva forma de concentración cognitiva, sino una expresión universitaria de fraternidad intelectual. La IA puede ayudar a traducir, buscar, comparar, sintetizar, modelar y acelerar procesos investigativos; pero corresponde a la universidad discernir si esas capacidades serán puestas al servicio de unos pocos centros de poder o de una comunión académica más amplia. La civilización del amor en la era digital exige que el conocimiento no sea tratado como privilegio, mercancía o instrumento de dominación, sino como responsabilidad compartida. Por ello, la universidad católica, y toda universidad que reconozca la dignidad humana como principio rector, está llamada a mostrar que la IA puede ser asumida como mediación de servicio, cooperación, inclusión, discernimiento y desarrollo humano integral.

Ex Corde Ecclesiae resulta importante porque formula la misión de la universidad católica como búsqueda de la verdad desde una integración viva entre fe y razón, investigación, docencia y servicio cultural.²⁸ *Gravissimum Educationis*, a su vez, ofrece el marco conciliar de la educación cristiana como formación integral de la persona humana en relación con su fin último y con el bien de las sociedades de las que forma parte.²⁹ Estos documentos impiden que la reflexión sobre IA y universidad quede reducida a una discusión técnica. La pregunta universitaria no es solo qué herramientas adoptar, sino qué visión de persona, de verdad, de comunidad y de futuro se está formando.

Veritatis Gaudium resulta especialmente relevante porque concibe los estudios eclesiásticos como una especie de laboratorio cultural y llama a una renovación que responda al cambio de época, a la crisis antropológica y a la necesidad de una revolución cultural en el ámbito de la formación académica y la investigación científica.³⁰ Esta intuición dialoga profundamente con la

cultura de la IA. La inteligencia artificial puede multiplicar conexiones entre saberes, pero no puede por sí misma dar unidad sapiencial al conocimiento. Puede conectar disciplinas, pero no necesariamente integrarlas, puede producir síntesis, pero no garantizar sabiduría. Es allí donde la teología, la filosofía y las humanidades no pierden relevancia; por el contrario, se vuelven indispensables.

La universidad necesita científicos, ingenieros y expertos en datos, pero también necesita teólogos, filósofos, humanistas, pedagogos, hermeneutas, especialistas en ética, traductores culturales y formadores de conciencia. En una época de poder técnico creciente, el problema decisivo no será solo qué podemos hacer, sino qué debemos hacer, para quién, bajo qué criterio y hacia qué visión de humanidad. La teología puede recordar que la inteligencia, cuando se separa de la verdad y del amor al bien, se vuelve poder sin sabiduría; y que todo conocimiento auténticamente humano debe estar ordenado a la dignidad, la justicia, la comunión y el cuidado de la vida.

9. Hacia una inteligencia colectiva planetaria

La inteligencia artificial, integrada críticamente en redes universitarias abiertas, tiene todo para favorecer la emergencia de una inteligencia colectiva planetaria. Esta expresión no debe entenderse como una conciencia global abstracta ni como una fantasía tecnocrática, sino como la posibilidad de articular múltiples comunidades de investigación, estudiantes, profesores, bibliotecas, repositorios, tradiciones culturales y saberes locales en procesos colaborativos de comprensión y solución de problemas.

Manuel Castells ofrece una categoría sociológica imprescindible para comprender este tránsito: la sociedad red. En la era informacional, el poder, la economía, la cultura y el conocimiento se organizan crecientemente mediante redes de comunicación, flujos de información y estructuras globales interconectadas.³¹ La universidad ya no puede pensarse como recinto autosuficiente, sino como nodo de una red mundial de producción, circulación, validación y disputa del conocimiento. La IA no crea esta sociedad red, pero la intensifica, la acelera y la vuelve más visible.

UNESCO, en *Reimagining Our Futures Together*, propone un nuevo contrato social para la educación orientado a construir futuros pacíficos, justos y sostenibles, fundamentado en derechos humanos, justicia social, respeto a la vida, dignidad humana, diversidad cultural, cuidado, reciprocidad y solidaridad.³² Este marco es particularmente fecundo para pensar la universidad en la era de la IA: el conocimiento no puede quedar encerrado en instituciones competitivas mientras la humanidad enfrenta crisis globales, emergencias sanitarias, etc. que requieren cooperación intelectual.

La pobreza, el hambre, las guerras, la crisis climática, la desinformación, la soledad, las enfermedades, el descubrimiento de nuevos medicamentos o terapias y las fracturas culturales no podrán resolverse mediante universidades aisladas ni mediante inteligencias artificiales controladas por intereses particulares. Se requiere una nueva alianza entre conocimiento abierto, tecnología responsable, formación ética y cooperación global. Las universidades, en este

horizonte, deben estar y sentirse llamadas a convertirse en un laboratorio planetario de soluciones. Los estudiantes no serían meros receptores de contenidos, sino participantes tempranos en procesos reales de investigación colaborativa. Los profesores no serían guardianes celosos de autoridad individual, sino mediadores de comunidades ampliadas de aprendizaje. Las tesis no serían documentos archivados en silencio y olvidados, sino contribuciones integradas a redes de conocimiento compartido.

Este horizonte permite formular una tesis de gran alcance: la evolución del pensamiento humano en la era de la inteligencia artificial no será obra de máquinas autónomas ni de individuos aislados, sino de comunidades humanas capaces de integrar tecnología, sabiduría, justicia, memoria, creatividad y responsabilidad. La inteligencia colectiva planetaria no será verdaderamente humana si se reduce a agregación de datos; solo lo será si se ordena al bien común, si reconoce la dignidad de todos los pueblos, si abre espacios a saberes excluidos y si convierte el conocimiento en servicio histórico a la vida.

10. La universidad ante la decisión histórica

La universidad se encuentra hoy ante una decisión histórica. Puede intentar conservar su modelo tradicional, limitándose a regular el uso de herramientas de IA, sancionar usos indebidos y proteger procedimientos heredados, perdiendo sistemáticamente alumnos y profesores por obsolescencia o puede asumir que la cultura de la inteligencia artificial ha modificado las condiciones mismas del aprendizaje, la investigación, la escritura, la autoridad académica y la cooperación global potenciando su rol protagónico. La primera opción producirá una universidad reactiva; la segunda puede producir una universidad renovada y permanente.

Esta renovación no consiste en entregar la universidad a la lógica de las plataformas ni en convertir la educación superior en capacitación instrumental. Consiste en recuperar la misión más profunda de la universidad en un nuevo contexto: formar seres humanos capaces de pensar con rigor, discernir con prudencia, crear con responsabilidad, colaborar con generosidad y orientar el conocimiento hacia la justicia. La IA no elimina esa misión; la hace más urgente. La universidad que no forme criterio será superada por la abundancia de información. La universidad que no forme humanidad será colonizada por la eficiencia. La universidad que no abra el conocimiento será cómplice de nuevas desigualdades cognitivas.

La oportunidad histórica es enorme, ya que, por primera vez, estudiantes de regiones periféricas podrían acceder a herramientas de traducción, búsqueda, síntesis, tutoría y apoyo investigativo que antes estaban reservadas a élites académicas con dominio de lenguas, bibliotecas costosas y redes internacionales privilegiadas, pero esa oportunidad no será justa si se entrega únicamente a la lógica del mercado. Requiere políticas públicas, universidades abiertas, bibliotecas fortalecidas, formación docente, protección de datos, infraestructura digital, criterios éticos y una visión antropológica capaz de situar la tecnología al servicio del desarrollo integral.

En este sentido, la universidad debe decidir si será administradora del conocimiento heredado o colaboradora activa en la expansión ética del pensamiento humano. No se trata de abandonar la tradición, sino de hacerla fecunda en un nuevo escenario histórico. La tradición universitaria ha

sobrevivido porque ha sabido transformarse: de las escuelas medievales a las universidades modernas, de la escolástica a la investigación científica, de la cultura impresa a la cultura digital. La cultura de la IA exige una nueva transformación, quizá una de las más profundas desde el surgimiento mismo de la universidad.

11. Del cumplimiento reactivo al nuevo pensamiento universitario: acompañamiento activo, ecosistema colaborativo y responsabilidad histórica

La universidad no puede responder a la Cultura de la Inteligencia Artificial desde un paradigma meramente reactivo. La elaboración de reglamentos, códigos de uso, políticas de integridad académica, protocolos antiplagio y criterios de citación asistida por IA constituye una tarea necesaria, pero insuficiente. Si la respuesta universitaria se limita al control procedimental de una tecnología que ya ha modificado la práctica real de estudiantes, profesores e investigadores, la universidad corre el riesgo de reducir su propia misión a una administración tardía de efectos que no ha comprendido en su raíz. El problema no es solamente normativo, sino intelectual; no es únicamente disciplinario, sino antropológico; no es solo pedagógico, sino civilizacional. La universidad no está llamada a reaccionar ante la IA como si fuera una anomalía externa que debe ser contenida, sino a comprenderla como una nueva condición cultural del conocimiento, dentro de la cual se jugará una parte decisiva de la formación humana, la investigación científica y la construcción social del futuro.

La diferencia entre cumplimiento reactivo y pensamiento proactivo resulta aquí fundamental. El cumplimiento reactivo pregunta qué debe prohibirse, qué debe permitirse, qué debe declararse y qué debe sancionarse. El pensamiento proactivo pregunta algo más profundo: qué tipo de inteligencia humana debe formarse en una época en la que los sistemas artificiales pueden producir respuestas, sintetizar información, traducir textos, generar hipótesis, organizar bibliografías, modelar escenarios y colaborar en procesos investigativos complejos. El cumplimiento reactivo administra riesgos; el pensamiento proactivo inaugura posibilidades. El cumplimiento reactivo se preocupa por evitar infracciones; el pensamiento proactivo se pregunta cómo elevar la calidad de la pregunta, de la investigación, de la imaginación moral, de la cooperación académica y de la responsabilidad pública del conocimiento. Ambos niveles son necesarios, pero solo el segundo pertenece propiamente a la misión histórica de la universidad. Por ello, la universidad debe pasar de una lógica de adaptación institucional mínima a una lógica de refundación epistemológica responsable. No basta con enseñar a los estudiantes a declarar cuándo usaron IA; es necesario enseñarles a pensar con IA sin abdicar de la soberanía crítica de la inteligencia humana. No basta con capacitar profesores en el uso instrumental de nuevas plataformas; es necesario formar comunidades docentes capaces de discernir qué procesos cognitivos deben ser asistidos, cuáles deben ser preservados, cuáles deben ser intensificados y cuáles no deben ser delegados. No basta con actualizar rúbricas de evaluación; es necesario rediseñar experiencias formativas donde el valor académico no se mida únicamente por el producto final, sino por la calidad del proceso intelectual, la trazabilidad del razonamiento, la capacidad de justificar fuentes, la conciencia ética de la producción y la originalidad responsable de la pregunta.

En este sentido, la universidad debe recuperar una de sus funciones más altas: formular las preguntas de la época. Durante mucho tiempo, la institución universitaria ha tendido a operar como receptora, organizadora y transmisora de conocimientos históricamente consolidados. Esa función sigue siendo indispensable, porque ninguna cultura puede pensar sin memoria. Sin embargo, la Cultura de la Inteligencia Artificial exige algo más: la universidad debe convertirse en gestora activa de nuevas preguntas, nuevos marcos de interpretación y nuevas formas de inteligencia colaborativa. La pregunta universitaria decisiva ya no será solamente qué contenidos deben ser enseñados, sino cuáles son las preguntas que todavía no estamos formulando con suficiente radicalidad. La IA puede multiplicar respuestas, pero la universidad debe custodiar la dignidad de la pregunta. Puede producir síntesis, pero la universidad debe formar la capacidad de discernir qué merece ser investigado. Puede acelerar la búsqueda, pero la universidad debe orientar hacia qué verdad, qué bien y qué futuro se dirige esa búsqueda.

Este cambio exige superar la imagen de la universidad como archivo del pasado o fábrica de grados. La universidad no debe renunciar a conservar, transmitir y certificar conocimiento; pero si reduce su identidad a esas funciones, se volverá insuficiente ante la nueva ecología cognitiva. En la era de la IA, la universidad debe ser, ante todo, un motor de pensamiento. Su tarea no será simplemente producir profesionales adaptables al mercado, sino formar sujetos capaces de abrir caminos intelectuales, éticos, científicos y culturales allí donde la repetición de modelos anteriores ya no basta. El título universitario, en este horizonte, no puede ser entendido solo como acreditación de competencias, sino como señal de una formación más profunda: haber aprendido a pensar con rigor, crear con responsabilidad, investigar con método, discernir con prudencia y colaborar con otros en la construcción de conocimiento verificable y socialmente fecundo.

Esta transformación también implica pasar de los silos institucionales a los ecosistemas colaborativos. La universidad aislada, encerrada en su prestigio, su archivo, su lengua, su tradición disciplinaria o su competencia institucional, será cada vez menos capaz de responder a problemas globales cuya complejidad supera cualquier frontera académica. La Cultura de la Inteligencia Artificial requiere ecosistemas donde universidades, laboratorios, bibliotecas, centros de investigación, empresas tecnológicas, organismos públicos, comunidades locales, tradiciones religiosas y redes internacionales puedan colaborar sin disolver sus identidades propias. La ciencia abierta, según la Recomendación de UNESCO sobre Ciencia Abierta, busca precisamente ampliar la disponibilidad y reutilización del conocimiento científico, reducir brechas de conocimiento y tecnología, e incluir a grupos tradicionalmente subrepresentados o excluidos en la producción y circulación del saber.^{33 34}

El paso del silo al ecosistema no es solamente una cuestión de eficiencia investigativa; es una exigencia ética de la época. Muchos de los problemas más graves de la humanidad, desde el hambre hasta la crisis climática, desde las enfermedades complejas hasta la desinformación, desde la pobreza persistente hasta la fragmentación social, no podrán ser resueltos por universidades que trabajen solas, por países que compitan aisladamente o por disciplinas que se ignoren mutuamente. Se requiere una colaboración transversal capaz de integrar saber científico, capacidad tecnológica, análisis social, imaginación política, discernimiento ético y horizonte espiritual. La IA puede acelerar esta colaboración, pero no puede garantizar por sí misma su

sentido. Puede conectar datos, instituciones y personas; pero corresponde a la universidad decidir si esa conexión se ordenará a la acumulación de poder o al bien común.

Aquí aparece un doble vector del progreso universitario que debe ser formulado con claridad. Por un lado, existe un vector tangible: avances científicos, investigación aplicada, desarrollo tecnológico, innovación metodológica, descubrimiento biomédico, producción de modelos, análisis de datos, mejoras pedagógicas y soluciones operativas para problemas urgentes. Por otro lado, existe un vector intangible: sentido, orientación moral, visión de mundo, responsabilidad histórica, imaginación ética, vínculo espiritual, comprensión de la dignidad humana y discernimiento del destino común. Una universidad que cultive solo el vector tangible podrá volverse técnicamente eficaz, pero espiritualmente vacía. Una universidad que hable solo del vector intangible sin entrar en los procesos reales de innovación quedará culturalmente marginal. El desafío de la nueva época consiste en integrar ambos vectores: inteligencia técnica e inteligencia sapiencial, producción científica y formación de sentido, innovación y responsabilidad.

En este punto, las universidades cristianas, y de manera particular las universidades católicas, poseen una responsabilidad singular. Su identidad no debe ser entendida como un adorno confesional añadido a una estructura académica neutral, sino como una fuente de criterios antropológicos, éticos y teleológicos capaces de orientar la innovación hacia el bien común. La tradición cristiana ha pensado durante siglos la relación entre razón, verdad, creación, persona, comunidad, justicia y trascendencia. En la Cultura de la Inteligencia Artificial, esa tradición no debe refugiarse en la nostalgia ni limitarse a advertencias generales. Está llamada a entrar en el corazón mismo de la conversación universitaria global para recordar que el conocimiento no alcanza su plenitud cuando solo se vuelve técnicamente poderoso, sino cuando se ordena a la dignidad de la persona, a la verdad, a la justicia, a la comunión y al cuidado de la vida.

Este acompañamiento no debe ser censor, sino activo, pastoral y crítico. La universidad, especialmente la universidad católica, no puede limitarse a observar desde fuera una transformación que ya está configurando la cultura de sus estudiantes, los métodos de sus profesores, los lenguajes de la investigación y las expectativas de la sociedad. Debe caminar con esta transformación para orientarla desde dentro. Este “caminar con” no significa aceptar todo acríticamente, sino hacerse presente donde se está configurando el futuro; escuchar sin ingenuidad, discernir sin miedo, corregir sin desprecio, proponer sin arrogancia y acompañar sin abdicar de la verdad. En términos universitarios, acompañar activamente la IA significa crear espacios de investigación interdisciplinaria, formar docentes, abrir laboratorios éticos, revisar currículos, promover ciencia abierta, establecer alianzas, proteger a los más vulnerables, cultivar pensamiento crítico y orientar la innovación hacia fines humanizadores.

La lógica de este acompañamiento encuentra resonancia en el magisterio reciente. *Veritatis Gaudium* no propone una teología encerrada en la repetición de formas heredadas, sino una renovación capaz de responder a un cambio de época mediante una “valiente revolución cultural”, una interdisciplinaria fuerte y una transdisciplinaria orientada por un horizonte sapiencial.³⁵ Esta orientación permite comprender que la universidad católica no traiciona su identidad cuando entra en diálogo con los grandes cambios culturales; la traicionaría, más bien, si abandonara el campo donde se están configurando las preguntas decisivas sobre la persona, la

inteligencia, la verdad y el futuro común. A su vez, *Antiqua et nova* ofrece una clave indispensable al distinguir entre la inteligencia humana y los sistemas artificiales, insistiendo en que la educación debe promover pensamiento crítico, discernimiento y formación integral, no simple dependencia de respuestas generadas.³⁶ Este marco confirma que el acompañamiento activo no puede ser tecnofílico ni tecnofóbico: debe ser antropológicamente lúcido y éticamente responsable.

La cooperación humano-IA, por tanto, debe ser elevada a objeto explícito de formación universitaria. No puede quedar reducida a una práctica informal, improvisada o clandestina. La universidad debe enseñar a cooperar con sistemas artificiales del mismo modo en que enseña a investigar en bibliotecas, trabajar en laboratorios, leer críticamente fuentes, citar correctamente, debatir con autores y revisar hipótesis. Esa cooperación debe tener método. Debe enseñar al estudiante a formular instrucciones rigurosas, contrastar resultados, detectar errores, verificar fuentes, reconocer sesgos, distinguir niveles de certeza, documentar procesos y asumir responsabilidad aural. La OECD ha advertido que la IA generativa puede apoyar el aprendizaje cuando está guiada por principios pedagógicos claros, pero que, sin tal guía, puede mejorar el rendimiento aparente sin producir aprendizaje real.³⁷ Precisamente por eso, la universidad debe pasar de la tolerancia confusa o la prohibición defensiva a una pedagogía explícita de cooperación crítica.

Esta pedagogía deberá formar una nueva disciplina intelectual: la trazabilidad del pensamiento asistido. En una cultura académica donde la producción puede ser auxiliada por IA, el estudiante deberá aprender a mostrar no solo el resultado, sino el camino. Qué preguntó, qué recibió, qué rechazó, qué corrigió, qué verificó, qué fuentes consultó, qué parte asumió como propia, qué límites reconoció y qué responsabilidad final tiene sobre lo escrito. La evaluación universitaria deberá desplazarse progresivamente desde la simple revisión del producto hacia la comprensión del proceso cognitivo. El nuevo rigor no será menos exigente que el anterior; será más exigente, porque pedirá al estudiante justificar no solo sus conclusiones, sino el modo en que llegó a ellas dentro de una ecología cognitiva híbrida.

El nuevo pensamiento universitario tampoco debe ser confundido con una simple mejora incremental. No se trata únicamente de pensar más rápido, producir más documentos o acceder a más información. Se trata de un salto cualitativo en la manera de comprender la relación entre inteligencia, comunidad y responsabilidad. Este pensamiento nuevo deberá ser más complejo, porque tendrá que integrar dimensiones técnicas, éticas, sociales, espirituales y políticas; más colaborativo, porque deberá operar en redes transnacionales y transdisciplinarias; más crítico, porque tendrá que enfrentar sesgos, intereses corporativos y riesgos de dependencia; más creativo, porque deberá formular preguntas que los modelos existentes no pueden anticipar; y más humilde, porque reconocerá que ninguna tecnología exime al ser humano de la búsqueda paciente de la verdad.

En consecuencia, la universidad no debe limitarse a enseñar “uso de IA”, sino a inaugurar una cultura universitaria de pensamiento aumentado. Esta cultura debería incluir, al menos, cinco ejes operativos. Primero, una alfabetización crítica y ética en IA para estudiantes, profesores y autoridades. Segundo, una reforma curricular que incorpore la cooperación humano-IA en investigación, escritura, análisis de datos, humanidades, ciencias sociales, ciencias naturales,

teología, filosofía y formación profesional. Tercero, una política de ciencia abierta y repositorios accesibles que permita a la IA servir a la democratización del conocimiento y no solo a su mercantilización. Cuarto, una gobernanza institucional capaz de proteger datos, preservar libertad intelectual y evitar dependencia acrítica de plataformas cerradas. Quinto, una visión humanista y sapiencial que impida separar eficiencia técnica de dignidad, verdad, justicia y bien común.³⁸

La formulación de nuevas preguntas constituye el corazón de esta cultura. ¿Cómo debe cambiar la tesis universitaria cuando el acceso a fuentes, traducciones, síntesis y asistencia argumentativa se vuelve masivo? ¿Cómo debe transformarse la biblioteca cuando deja de ser solo archivo y se convierte en infraestructura inteligente de curaduría global? ¿Cómo debe redefinirse la autoridad docente cuando el estudiante puede consultar múltiples sistemas, lenguas y tradiciones en tiempo real? ¿Qué significa originalidad en una cultura de producción asistida? ¿Qué competencias humanas se vuelven más valiosas cuando muchas tareas intermedias pueden ser automatizadas? ¿Cómo se protege la interioridad intelectual en una cultura de respuestas inmediatas? ¿Cómo se evita que la IA reproduzca colonialismos epistémicos? ¿Cómo se garantiza que las universidades periféricas no sean solo consumidoras de herramientas diseñadas en otros centros, sino productoras activas de conocimiento y criterio? Estas preguntas muestran que el desafío universitario no consiste simplemente en adaptarse a la IA, sino en pensar desde ella, contra sus reduccionismos y más allá de sus posibilidades inmediatas.

La universidad que asuma esta tarea podrá recuperar una dimensión profética de su misión intelectual: anticipar preguntas, abrir caminos, formar conciencia y orientar la historia. No será una institución que corre detrás de las plataformas, sino una comunidad que discierne las plataformas desde una visión más alta del ser humano. No será un aparato certificador de habilidades, sino un espacio donde se cultiva pensamiento responsable para una civilización cognitivamente ampliada. No será un archivo que conserva respuestas, sino un laboratorio que enseña a preguntar mejor. No será una estructura nostálgica que lamenta la pérdida de control, sino una comunidad de sabiduría que transforma la pérdida de monopolio en ocasión de servicio. En la Cultura de la Inteligencia Artificial, la universidad solo permanecerá fiel a sí misma si se atreve a convertirse, nuevamente, en lugar de nacimiento de pensamiento nuevo.

Conclusión

La inteligencia artificial sitúa a la universidad ante un discernimiento histórico de extraordinaria profundidad. No se trata simplemente de incorporar nuevas herramientas digitales, actualizar reglamentos académicos, diseñar protocolos de uso o establecer criterios administrativos para la producción asistida por sistemas generativos. Todo ello puede ser necesario, pero sería radicalmente insuficiente si la universidad redujera esta transformación a un problema de control institucional. La cuestión es mucho más decisiva: la universidad debe preguntarse si será una espectadora defensiva de una mutación cultural ya en marcha, o si asumirá, con audacia intelectual, rigor metodológico, responsabilidad ética y visión histórica, el lugar que le corresponde en una nueva etapa del pensamiento humano.

La Cultura de la Inteligencia Artificial no constituye un episodio tecnológico pasajero ni una simple innovación instrumental dentro de la educación superior; representa una alteración profunda de las condiciones bajo las cuales la humanidad aprende, investiga, interpreta, escribe, crea, colabora, verifica, transmite conocimiento y proyecta su futuro común.

Este artículo ha sostenido que la inteligencia artificial inaugura una transformación antropológica, epistemológica y ética capaz de reconfigurar el papel histórico de la universidad. Esta impacta los métodos de enseñanza, la productividad investigativa, la eficiencia administrativa, la automatización de tareas cognitivas intermedias, etc. alcanza la comprensión misma de lo que significa formar inteligencia humana en una época en la que la información se vuelve abundante, los sistemas artificiales producen respuestas con enorme velocidad y la mediación tradicional del conocimiento deja de estar concentrada exclusivamente en aulas, bibliotecas, profesores, archivos y redes académicas cerradas. Por ello, la universidad está llamada a pasar de la administración del saber a la formación del discernimiento; de la transmisión de contenidos a la expansión colaborativa del pensamiento; de la competencia institucional cerrada a la justicia cognitiva global; de la autoridad concebida como monopolio del conocimiento a la autoridad comprendida como servicio crítico, pedagógico y público a la verdad.

El desafío, por tanto, no debe ser leído con temor, sino con lucidez. La inteligencia artificial puede potenciar el pensamiento sumado al esfuerzo intelectual, ; puede disminuir desigualdades si es controlada por varios actores; puede mejorar la producción académica, puede potenciar la relación pedagógica con el acompañamiento humano, puede profundizar el trabajo en equipos globales superando sus condiciones materiales, políticas, económicas, epistemológicas y culturales particulares. La universidad está llamada ser parte activa o protagonista de la Cultura de la Inteligencia Artificial entrando proactivamente con más profundidad, más formación, más espíritu crítico y más liderazgo. Su tarea no es acompañar el cambio para que no pierda el rostro humano.

La oportunidad histórica es inmensa. Por primera vez, millones de estudiantes, profesores e investigadores pueden acceder a instrumentos de búsqueda, traducción, análisis, síntesis, tutoría, programación, modelado, simulación, contraste documental y apoyo investigativo que antes estaban reservados a minorías académicas con dominio de lenguas, bibliotecas costosas, redes internacionales, laboratorios especializados y recursos institucionales privilegiados. Si esta posibilidad se orienta desde la ciencia abierta, la ética pública, la formación humanista, la protección de datos, la alfabetización crítica, la cooperación interuniversitaria y la justicia cognitiva global, la inteligencia artificial puede convertirse en una mediación histórica para ampliar la participación de la humanidad en el conocimiento. En ese horizonte, el avance del pensamiento humano es tarea compartida de una humanidad que aprende a pensarse, corregirse, traducirse, escucharse y construirse en común.

A las universidades se les debe pedir, por tanto, que no reduzcan la inteligencia artificial a una herramienta auxiliar, sino que la reconozcan como una nueva condición cultural del conocimiento humano. Su responsabilidad histórica consiste en formar comunidades capaces de cooperar críticamente con la IA sin abdicar del juicio, la verdad, la creatividad, la ética y la dignidad humana. La universidad que asuma este desafío no será sustituida por la inteligencia

artificial; será llamada a elevarse a una misión más exigente, deberá convertirse en laboratorio de pensamiento ampliado, ciencia abierta, justicia cognitiva global, inteligencia colectiva orientada al bien común y formación integral de sujetos capaces de habitar responsablemente una ecología cognitiva híbrida. En esta nueva etapa, el centro de la educación superior debe responder a la pregunta mayor sobre qué formas de humanidad, investigación, creatividad, discernimiento y responsabilidad pueden desarrollarse cuando la inteligencia humana aprende a trabajar críticamente con sistemas artificiales de alto poder cognitivo.

La universidad debe inaugurar un marco proactivo de pensamiento, debe preguntarse cómo formar mejores preguntas; cómo elevar la originalidad responsable; cómo enseñar la trazabilidad del pensamiento asistido; cómo rediseñar los procesos de aprendizaje para que el estudiante aprenda a verificar, corregir, justificar, contrastar, asumir y responder moralmente por lo que produce. En este nuevo escenario, el pensamiento universitario deberá ser más complejo, más colaborativo, más interdisciplinario, más crítico, más creativo y humilde. Más complejo, porque deberá integrar dimensiones técnicas, científicas, éticas, sociales, políticas, espirituales y culturales. Más colaborativo, porque ninguna institución podrá responder sola a los problemas de una humanidad interdependiente. Más crítico, porque la IA puede reproducir sesgos, concentrar poder y empobrecer la imaginación. Más creativo, porque deberá formular preguntas que los modelos existentes no pueden anticipar. Más humilde, porque ninguna tecnología exime al ser humano de la búsqueda paciente de la verdad.

Este llamado se dirige a todas las universidades, sin excepción, ninguna institución de educación superior puede permanecer indiferente ante una transformación que ya está modificando la investigación científica, la escritura académica, la docencia, la producción de fuentes, la relación profesor-estudiante, el acceso a bibliotecas, la circulación de tesis, la traducción de saberes, la construcción de autoridad epistemológica y la relación misma entre conocimiento, sociedad y poder. Las universidades que se limiten a resistir, prohibir o administrar superficialmente esta transformación corren el riesgo de volverse culturalmente irrelevantes, pedagógicamente insuficientes y epistemológicamente obsoletas. No porque la IA sustituya a la universidad, sino porque la universidad que no comprenda la IA dejará de comprender el mundo en el que sus estudiantes ya están viviendo, aprendiendo, investigando, escribiendo y pensando. Allí se juega una dimensión decisiva de la credibilidad universitaria contemporánea, hay que defender la tradición académica y demostrar que esa tradición posee la vitalidad suficiente para dialogar con una cultura nueva, orientarla, purificarla y hacerla fecunda.

Pero este llamado posee una urgencia particular para las universidades de orientación cristiana y más aún las católicas, precisamente por su tradición intelectual, por su comprensión de la dignidad humana, por su vocación de diálogo entre fe y razón, por su servicio al bien común y por su responsabilidad histórica en la formación integral de la persona, las universidades católicas no deberían llegar tarde a esta nueva etapa. No pueden limitarse a observar desde la cautela ni refugiarse en una defensa abstracta de modelos anteriores. Su tarea es hacer fecunda la tradición en una época nueva. Si la inteligencia artificial está reconfigurando las condiciones del conocimiento, de la palabra, de la memoria, de la interpretación, de la investigación y de la autoridad cultural, las universidades católicas están llamadas, quizá antes que nadie, a ofrecer una antropología suficientemente profunda, una ética suficientemente sólida y una visión

sapiencial suficientemente amplia para que esta transformación no sea reducida a eficiencia técnica, mercado educativo, productividad académica o aceleración instrumental.

El primer llamado, en este sentido, debe dirigirse a los de casa, las instituciones católicas de educación superior han heredado una tradición capaz de pensar la relación entre verdad, razón, fe, cultura, ciencia, justicia, persona y trascendencia. Esa herencia debe convertirse en presencia activa dentro del lugar donde se están configurando las preguntas decisivas de la nueva época. Si la IA toca la inteligencia, la palabra, la memoria, la creatividad, la enseñanza, la investigación, la interpretación y la vida social, entonces toca dimensiones que la teología no puede considerar periféricas, o simplemente ignorarlas. Las universidades católicas deben estar entre los lugares más lúcidos de esta conversación mundial, para impedir que el desarrollo tecnológico se separe de las preguntas por la persona, los pobres, la justicia, la verdad y el destino común de la humanidad. Su deber es proponer una cultura universitaria donde la IA sea comprendida como mediación posible de servicio, investigación, inclusión, cooperación y crecimiento humano integral.

La universidad católica, en particular, puede aportar algo que la cultura tecnológica por sí sola no garantiza: una comprensión del conocimiento como servicio a la verdad, a la dignidad humana, a la justicia, a la comunión y al bien común. En una época en la que las máquinas pueden colaborar en la producción de conocimiento, ordenar información, simular argumentos, generar imágenes, analizar datos y acelerar procesos cognitivos, la pregunta decisiva es qué puede hacer la inteligencia artificial para colaborar en el fortalecimiento del ser humano, qué tipo de comunidad académica y qué tipo de civilización deseamos formar con ella. Allí la teología, la filosofía, las humanidades, la ética, la pedagogía y la investigación científica deben caminar juntas integrándose a una nueva responsabilidad universitaria, la cuestión es si entrara con suficiente profundidad antropológica, valentía intelectual, competencia técnica y fidelidad creadora a su propia misión.

Esta presencia debe ser activa, crítica y pastoral. Se trata de caminar con la nueva cultura para orientarla desde dentro; escuchar sin ingenuidad, discernir sin miedo, corregir sin desprecio, proponer sin arrogancia y acompañar sin abdicar de la verdad. La universidad que acompaña activamente crea espacios de investigación interdisciplinaria, forma docentes, abre laboratorios éticos, revisa currículos, fortalece bibliotecas, promueve ciencia abierta, establece alianzas, protege a los más vulnerables, custodia la libertad intelectual y orienta la innovación hacia fines humanizadores. En este sentido, acompañar debe ser una forma superior de responsabilidad histórica.

El paso al ecosistema global es indispensable. La universidad aislada, encerrada en su prestigio, su archivo, su lengua, su tradición disciplinaria o su competencia institucional, será cada vez menos capaz de responder a problemas globales cuya complejidad supera cualquier frontera académica. La Cultura de la Inteligencia Artificial exige ecosistemas colaborativos donde universidades, bibliotecas, laboratorios, empresas tecnológicas, organismos públicos, comunidades locales, tradiciones religiosas, centros de investigación y redes internacionales puedan colaborar sin disolver sus identidades. La IA puede acelerar esa cooperación, pero no puede garantizar su sentido, puede conectar datos, instituciones y personas, pero corresponde a las comunidades humanas decidir si esa conexión se ordenará al poder, al lucro, a la vigilancia y

a la fragmentación, o si se orientará a la justicia, al conocimiento abierto, a la creatividad, al cuidado de la vida y al bien común. Allí la universidad debe estar en primera línea como gestora activa de horizontes.

Por eso, el llamado es a transformar la tradición universitaria con fidelidad creativa. La universidad ha sobrevivido históricamente porque ha sabido cambiar sin renunciar a su vocación esencial. Pasó de las escuelas medievales a las universidades modernas; de la cultura manuscrita a la imprenta; de la escolástica a la investigación científica; de los claustros cerrados a la internacionalización académica; de las bibliotecas físicas a los repositorios digitales. La Cultura de la Inteligencia Artificial exige ahora una transformación de magnitud semejante, quizá incluso mayor, porque no modifica solamente los instrumentos del aprendizaje, sino la ecología misma del pensamiento. Frente a esta transformación, la fidelidad universitaria deberá consistir en preservar la misión más alta de la universidad dentro de condiciones históricas nuevas: formar pensamiento libre, riguroso, crítico, creativo, responsable, comunitario y orientado al servicio de la humanidad.

La cooperación humano-IA debe ser asumida como uno de los nuevos campos decisivos de la formación universitaria. Se trata de aprender a pensar con ellos sin perder la soberanía crítica de la inteligencia humana, se trata de ampliar la capacidad investigativa mediante nuevas formas de búsqueda, contraste, modelado, simulación, traducción, análisis y producción colaborativa, se trata de elevar al profesor hacia una función más exigente, formar seres humanos capaces de vivir, investigar y decidir en un mundo donde la información será abundante, pero la sabiduría seguirá siendo escasa.

En ese escenario, la universidad debe enseñar a sus estudiantes a obtener mejores respuestas, formulando mejores preguntas, a comprender el mundo que estas herramientas están ayudando a crear.

La universidad hoy ya es requerida para preguntarse qué tipo de humanidad quiere formar con ella. Debe decidir si será archivo de respuestas heredadas o lugar de nacimiento de pensamiento nuevo, si será fábrica de grados o motor de inteligencia crítica, si será espectadora de una transformación ajena o protagonista de una evolución cultural que puede ampliar responsablemente las capacidades humanas de comprensión, creatividad, cooperación y servicio. En esa decisión se juega una parte decisiva de su relevancia histórica, porque la universidad que asuma con inteligencia, valentía y profundidad esta nueva era no solo evitará quedar obsoleta; podrá convertirse en protagonista de una de las mayores oportunidades de evolución del pensamiento humano que la historia ha conocido.

Esa es la tarea que se abre ante nosotros la de trabajar para que, bajo una conducción ética, crítica, sapiencial y colaborativa, se convierta en una ocasión histórica para que la humanidad piense mejor, investigue con mayor amplitud, comparta con mayor justicia, coopere con mayor profundidad y oriente el conocimiento hacia la verdad y la vida. Si la universidad acepta esta tarea, potenciara su alma, la recuperará en un nivel más alto de responsabilidad, y si las universidades católicas asumen este desafío con la profundidad que exige su propia tradición, estarán participando en una de las grandes conversaciones antropológicas, epistemológicas y espirituales de nuestro tiempo: cómo formar una humanidad capaz de crecer en inteligencia sin

perder sabiduría, de aumentar su poder cognitivo con dignidad y de entrar en una nueva era del conocimiento sin renunciar a la verdad, la justicia, la comunión y el cuidado histórico de la vida.

Bibliografía

Barnett, Ronald. *Realizing the University in an Age of Supercomplexity*. Buckingham: Open University Press, 2000.

Castells, Manuel. *The Rise of the Network Society*. 2nd ed. Malden, MA: Wiley-Blackwell, 2010. <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/book/10.1002/9781444319514>.

Concilio Vaticano II. *Gravissimum Educationis: Declaración sobre la educación cristiana*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1965.

https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decl_19651028_gravissimum-educationis_sp.html.

Crawford, Kate. *Atlas of AI: Power, Politics, and the Planetary Costs of Artificial Intelligence*. New Haven, CT: Yale University Press, 2021.

<https://yalebooks.yale.edu/book/9780300264630/atlas-of-ai/>.

Dicasterio para la Doctrina de la Fe y Dicasterio para la Cultura y la Educación. *Antiqua et nova: Nota sobre la relación entre la inteligencia artificial y la inteligencia humana*. Ciudad del Vaticano, 2025.

https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_ddf_doc_20250128_antiqua-et-nova_sp.html.

European Commission. *Ethical Guidelines on the Use of Artificial Intelligence and Data in Teaching and Learning for Educators*. Luxembourg: Publications Office of the European Union, 2022. <https://op.europa.eu/en/publication-detail/-/publication/d81a0d54-5348-11ed-92ed-01aa75ed71a1/language-en>.

Floridi, Luciano. *The Ethics of Artificial Intelligence: Principles, Challenges, and Opportunities*. Oxford: Oxford University Press, 2023. <https://global.oup.com/academic/product/the-ethics-of-artificial-intelligence-9780198883098>.

Floridi, Luciano. *The Fourth Revolution: How the Infosphere Is Reshaping Human Reality*. Oxford: Oxford University Press, 2014. <https://global.oup.com/academic/product/the-fourth-revolution-9780199606726>.

Francisco. *Evangelii Gaudium: Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2013.

https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html.

Francisco. *Veritatis Gaudium: Constitución apostólica sobre las universidades y facultades eclesíásticas*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2018.

https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_constitutions/documents/papa-francesco_costituzione-ap_20171208_veritatis-gaudium.html.

Han, Byung-Chul. *Infocracia: La digitalización y la crisis de la democracia*. Translated by Joaquín Chamorro Mielke. Barcelona: Taurus, 2022. <https://www.penguinlibros.com/es/libros-de-filosofia/285427-libro-infocracia-9788430624898>.

Han, Byung-Chul. *No-cosas: Quiebras del mundo de hoy*. Translated by Joaquín Chamorro Mielke. Barcelona: Taurus, 2021. <https://www.casadellibro.com/libro-no-cosas-quiebras-del-mundo-de-hoy/9788430624348/12461690>.

International Commission on the Futures of Education. *Reimagining Our Futures Together: A New Social Contract for Education*. Paris: UNESCO, 2021. <https://www.unesco.org/en/articles/reimagining-our-futures-together-new-social-contract-education>.

Juan Pablo II. *Ex Corde Ecclesiae: Constitución apostólica sobre las universidades católicas*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1990. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_constitutions/documents/hf_jp-ii_apc_15081990_ex-corde-ecclesiae.html.

León XIV. *Magnifica Humanitas: Sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2026.

Miao, Fengchun, and Wayne Holmes. *Guidance for Generative AI in Education and Research*. Paris: UNESCO, 2023. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000386693>.

Molina, Ezequiel, and Exequiel Medina, eds. *AI Revolution in Higher Education: What You Need to Know*. Washington, DC: World Bank, 2025. <https://openknowledge.worldbank.org/entities/publication/81b862e6-fdda-470a-a142-4a7c43e7b049>.

Morin, Edgar. *La cabeza bien puesta: Repensar la reforma, reformar el pensamiento*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.

Morin, Edgar. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Paris: UNESCO, 1999. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000117740_spa.

Nussbaum, Martha C. *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities*. Princeton: Princeton University Press, 2010. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt7rpcw>.

OECD. *OECD Digital Education Outlook 2026: Exploring Effective Uses of Generative AI in Education*. Paris: OECD Publishing, 2026. <https://doi.org/10.1787/062a7394-en>.

Readings, Bill. *The University in Ruins*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1996. <https://www.hup.harvard.edu/books/9780674929531>.

Royal Society. *Science in the Age of AI: How Artificial Intelligence Is Changing the Nature and Method of Scientific Research*. London: The Royal Society, 2024. <https://royalsociety.org/news-resources/projects/science-in-the-age-of-ai/>.

Sousa Santos, Boaventura de. *Descolonizar la universidad: El desafío de la justicia cognitiva global*. Buenos Aires: CLACSO, 2021. <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/8227960.pdf>.

Sousa Santos, Boaventura de. *Epistemologías del Sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Siglo XXI Editores/CLACSO, 2009.

Stanford Institute for Human-Centered Artificial Intelligence. *Artificial Intelligence Index Report 2025*. Stanford, CA: Stanford University, 2025. <https://hai.stanford.edu/ai-index/2025-ai-index-report>.

UNESCO. *Recommendation on Open Science*. Paris: UNESCO, 2021. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000379949>.

UNESCO. “UNESCO Recommendation on Open Science.” Accessed May 12, 2026. <https://www.unesco.org/en/open-science/about>.

United Nations. *International Covenant on Economic, Social and Cultural Rights*. 1966. <https://www.ohchr.org/en/instruments-mechanisms/instruments/international-covenant-economic-social-and-cultural-rights>.

Zuboff, Shoshana. *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. New York: PublicAffairs, 2019. <https://www.hbs.edu/faculty/Pages/item.aspx?num=56791>.

Notas

- ¹ Algunos otros títulos del autor en: <https://independent.academia.edu/AlbertoEmbry>.
- ² Fengchun Miao and Wayne Holmes, *Guidance for Generative AI in Education and Research* (Paris: UNESCO, 2023), <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000386693>.
- ³ OECD, *OECD Digital Education Outlook 2026: Exploring Effective Uses of Generative AI in Education* (Paris: OECD Publishing, 2026), <https://doi.org/10.1787/062a7394-en>.
- ⁴ León XIV, *Magnifica Humanitas: Sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial* (Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2026), nn. 7–10.
- ⁵ Bill Readings, *The University in Ruins* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1996).
- ⁶ Ronald Barnett, *Realizing the University in an Age of Supercomplexity* (Buckingham: Open University Press, 2000).
- ⁷ Francisco, *Veritatis Gaudium: Constitución apostólica sobre las universidades y facultades eclesiásticas* (Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2018), proemio, nn. 3-4, https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_constitutions/documents/papa-francesco_costituzione-ap_20171208_veritatis-gaudium.html.
- ⁸ The Royal Society, *Science in the Age of AI: How Artificial Intelligence Is Changing the Nature and Method of Scientific Research* (London: The Royal Society, 2024), <https://royalsociety.org/news-resources/projects/science-in-the-age-of-ai/>.
- ⁹ Luciano Floridi, *The Fourth Revolution: How the Infosphere Is Reshaping Human Reality* (Oxford: Oxford University Press, 2014), <https://global.oup.com/academic/product/the-fourth-revolution-9780199606726>.
- ¹⁰ Dicasterio para la Doctrina de la Fe y Dicasterio para la Cultura y la Educación, *Antiqua et nova: Nota sobre la relación entre la inteligencia artificial y la inteligencia humana* (Ciudad del Vaticano, 2025), nn. 6-8, 35, https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_ddd_doc_20250128_antiqua-et-nova_sp.html.
- ¹¹ Edgar Morin, *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro* (Paris: UNESCO, 1999), https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000117740_spa; Edgar Morin, *La cabeza bien puesta: Repensar la reforma, reformar el pensamiento* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1999).
- ¹² Francisco, *Veritatis Gaudium*, proemio, n. 4.
- ¹³ European Commission, *Ethical Guidelines on the Use of Artificial Intelligence and Data in Teaching and Learning for Educators* (Luxembourg: Publications Office of the European Union, 2022), <https://op.europa.eu/en/publication-detail/-/publication/d81a0d54-5348-11ed-92ed-01aa75ed71a1/language-en>.
- ¹⁴ Dicasterio para la Doctrina de la Fe y Dicasterio para la Cultura y la Educación, *Antiqua et nova*, nn. 77-84.
- ¹⁵ León XIV, *Magnifica Humanitas*, nn. 145-150.
- ¹⁶ United Nations, *International Covenant on Economic, Social and Cultural Rights*, art. 15, <https://www.ohchr.org/en/instruments-mechanisms/instruments/international-covenant-economic-social-and-cultural-rights>.
- ¹⁷ UNESCO, *Recommendation on Open Science* (Paris: UNESCO, 2021), <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000379949>; UNESCO, “UNESCO Recommendation on Open Science,” <https://www.unesco.org/en/open-science/about>.
- ¹⁸ Boaventura de Sousa Santos, *Epistemologías del Sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social* (México: Siglo XXI Editores/CLACSO, 2009); Boaventura de Sousa Santos, *Descolonizar la universidad: El desafío de la justicia cognitiva global* (Buenos Aires: CLACSO, 2021), <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/8227960.pdf>.
- ¹⁹ Ezequiel Molina and Ezequiel Medina, eds., *AI Revolution in Higher Education: What You Need to Know* (Washington, DC: World Bank, 2025), <https://openknowledge.worldbank.org/entities/publication/81b862e6-fdda-470a-a142-4a7c43e7b049>.
- ²⁰ Martha C. Nussbaum, *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities* (Princeton: Princeton University Press, 2010), <https://www.jstor.org/stable/j.ctt7rpcw>.
- ²¹ Byung-Chul Han, *Infocracia: La digitalización y la crisis de la democracia*, trans. Joaquín Chamorro Mielke (Barcelona: Taurus, 2022), <https://www.penguinlibros.com/es/libros-de-filosofia/285427-libro-infocracia-9788430624898>.
- ²² Kate Crawford, *Atlas of AI: Power, Politics, and the Planetary Costs of Artificial Intelligence* (New Haven, CT: Yale University Press, 2021), <https://yalebooks.yale.edu/book/9780300264630/atlas-of-ai/>.

-
- ²³ Shoshana Zuboff, *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power* (New York: PublicAffairs, 2019), <https://www.hbs.edu/faculty/Pages/item.aspx?num=56791>.
- ²⁴ Dicasterio para la Doctrina de la Fe y Dicasterio para la Cultura y la Educación, *Antiqua et nova*, nn. 81-84.
- ²⁵ Dicasterio para la Doctrina de la Fe y Dicasterio para la Cultura y la Educación, *Antiqua et nova*, nn. 48, 51, 77-84.
- ²⁶ León XIV, *Magnifica Humanitas*, nn. 184-187.
- ²⁷ León XIV, *Magnifica Humanitas*, nn. 186-187.
- ²⁸ Juan Pablo II, *Ex Corde Ecclesiae: Constitución apostólica sobre las universidades católicas* (Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1990), https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_constitutions/documents/hf_jp-ii_apc_15081990_ex-corde-ecclesiae.html.
- ²⁹ Concilio Vaticano II, *Gravissimum Educationis: Declaración sobre la educación cristiana* (Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1965), n. 1, https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decl_19651028_gravissimum-educationis_sp.html.
- ³⁰ Francisco, *Veritatis Gaudium*, proemio, nn. 3-4.
- ³¹ Manuel Castells, *The Rise of the Network Society*, 2nd ed. (Malden, MA: Wiley-Blackwell, 2010), <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/book/10.1002/9781444319514>.
- ³² International Commission on the Futures of Education, *Reimagining Our Futures Together: A New Social Contract for Education* (Paris: UNESCO, 2021), <https://www.unesco.org/en/articles/reimagining-our-futures-together-new-social-contract-education>.
- ³³ UNESCO, *Recommendation on Open Science* (Paris: UNESCO, 2021), <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000379949>.
- ³⁴ UNESCO, “UNESCO Recommendation on Open Science,” accessed May 16, 2026, <https://www.unesco.org/en/open-science/about>.
- ³⁵ Francisco, *Veritatis Gaudium: Constitución apostólica sobre las universidades y facultades eclesiásticas* (Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2018), proemio, nn. 3-4, https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_constitutions/documents/papa-francesco_costituzione-ap_20171208_veritatis-gaudium.html.
- ³⁶ Dicasterio para la Doctrina de la Fe y Dicasterio para la Cultura y la Educación, *Antiqua et nova: Nota sobre la relación entre la inteligencia artificial y la inteligencia humana* (Ciudad del Vaticano, 2025), nn. 77-84, https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_ddf_doc_20250128_antiqua-et-nova_sp.html.
- ³⁷ OECD, *OECD Digital Education Outlook 2026: Exploring Effective Uses of Generative AI in Education* (Paris: OECD Publishing, 2026), <https://doi.org/10.1787/062a7394-en>.
- ³⁸ European Commission, *Ethical Guidelines on the Use of Artificial Intelligence and Data in Teaching and Learning for Educators* (Luxembourg: Publications Office of the European Union, 2022), <https://op.europa.eu/en/publication-detail/-/publication/d81a0d54-5348-11ed-92ed-01aa75ed71a1/language-en>.